
LA MOVILIZACIÓN SOCIAL COMO LOGÍSTICA DE LA IDENTIDAD COLECTIVA

**Jorge Andrés Jiménez Rodas¹; Luz Andrea Suárez Álvarez²; y
Juan Carlos Arboleda-Ariza³**

Resumen

En el presente artículo se realiza una reflexión sobre la manera como ha sido entendida históricamente la movilización social, tanto desde enfoques que la conciben como producto de la lucha de clases, como desde enfoques funcionalistas, para así evidenciar el tránsito que ha permitido el surgimiento de una concepción contemporánea, que enfatiza en la dimensión cultural y simbólica de los movimientos sociales. De igual manera, se proponen articulaciones entre esta nueva manera de concebir la movilización social, con el desarrollo del paradigma identitario, que conlleva a considerar la identidad como dimensión importante de los movimientos sociales. Para ello, se hace también un desarrollo histórico del concepto de identidad, haciendo un recorrido por el abordaje que se ha dado del mismo desde perspectivas psicológicas y psicosociales, para situar de esta manera el concepto de identidad colectiva, que es el que permite establecer la articulación que en esta reflexión se propone con la movilización social. A partir del desarrollo de ambas categorías teóricas, se propone que la inclusión de la dimensión identitaria, ha permitido que la investigación sobre la movilización social, pase de ser definida de manera empírica, a ser abordada desde unas claves analíticas que involucran la construcción de significados dentro de los movimientos sociales, así como los posicionamientos sociales y políticos que estos tienen, ampliando de esta forma las fronteras teóricas del estudio de las movilizaciones sociales. Se concluye que la movilización social como logística de la identidad colectiva, expresa la presencia de conflictos y

¹ Docente investigador de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Correo electrónico: jajimenez1989@gmail.com ORCID:000-0002-0330-3512.

² Docente investigadora de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Correo electrónico: andrea.suarez@upb.edu.com ORCID:0000-0003-1287-7961.

³ Profesor de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana. Correo electrónico: juanc.ariza@upb.edu.com ORCID:0000-0001-5549-8908.

tensiones sociales y establece un escenario (físico y simbólico) de encuentro y reconocimiento de los diferentes actores sociales. Asimismo, permite la articulación de un nosotros en una posición de sentido y conocimiento compartido por cada participante, lo que a su vez configura una transformación en la cotidianidad de los integrantes.

Palabras clave: movimientos sociales, identidad colectiva, psicología social.

Abstract

The present article shows a reflection of the way social mobilization has been understood historically, both from approaches that conceive it as a product of the class struggle, as well as from functionalist approaches, in order to demonstrate the transit that has allowed the emergence of A contemporary conception that emphasizes the cultural and symbolic dimension of social movements. Likewise, articulations are proposed between this new way of conceiving social mobilization, with the development of the identity paradigm, which leads to consider identity as an important dimension of social movements. For this, a historical development of the concept of identity is also made, making a tour of the approach that has taken place from psychological and psychosocial perspectives, to situate in this way the concept of collective identity, which is the one that allows establishing the Articulation that in this reflection is proposed with social mobilization. From the development of both theoretical categories, it is proposed that the inclusion of the identity dimension has allowed research on social mobilization, from being defined empirically, to be approached from some analytical keys that involve the construction of meanings Within the social movements, as well as the social and political positions that these have, thus expanding the theoretical boundaries of the study of social mobilizations. It is concluded that social mobilization as a logistics of collective identity, expresses the presence of conflicts and social tensions and establishes a physical and symbolic scenario of encounter and recognition of the different social actors; It also allows the articulation of an us in a position of sense and knowledge shared by each of the participants, which in turn configures a transformation in the daily life of the members.

Key Words: Social movements, collective identity, social psychology.

La movilización social, previo a los años sesenta era abordada de manera empírica por la mayoría de las ciencias sociales, este tratamiento respondía al hecho de que la movilización era, desde el punto de vista marxista, la expresión de una identidad de clase estable e históricamente consistente, lo que refiere a que era la clase obrera quien, por medio de su movilización social, propiciaría el cambio histórico esperado y pasaría a ser la clase dominante. No obstante, dadas las transformaciones en las formas de producción actuales, emergentes en el tránsito a sociedades post-industriales, se ha roto “la fuente de solidaridad construida y sustentada hasta ese momento en la proximidad física de la fábrica” (Della Porta & Dani, 2015, p. 64), lo que implica que hoy por hoy no podemos identificar en los fenómenos colectivos esta distinción de clase obrera de forma evidente.

Es así como, es importante contar con dos cambios que se han dado con relación a los movimientos sociales. El primero de ellos tiene relación con lo expresado anteriormente y es que en las luchas contemporáneas asistimos a la confluencia de diferentes actores que trascienden su posición material-económica y se movilizan por cuestiones de orden más simbólico o cultural; el segundo, tiene que ver con la manera cómo son estudiados, teniendo en cuenta que los movimientos sociales dejan de ser tratados como cosas y pasan a ser analizados en su conformación, las redes que establecen y los mensajes que comunican (Melucci, 2010).

Una evidencia de este segundo cambio es el desarrollo del paradigma identitario y con ello, la introducción del concepto identidad dentro del estudio de los movimientos sociales (Flórez, 2015), lo que permite realizar una comprensión analítica de los mismos, dado que no se trata simplemente una modificación superficial o una simple adición conceptual, muy por el contrario, la incorporación de la relación identidad y movilización social se hace útil en el momento en el que se reconoce a los movimientos como actores que dan cuenta de una unidad histórica y política emergente y al mismo tiempo, como agentes que entran a tensionar la realidad social en una época determinada (Chihu & López, 2007), construyendo a su vez una serie de agentes anexos que terminan por dar cuenta de una realidad social e incluso llegan a ser entendidos como “profetas de su época” (Melucci, 2010).

De este modo, la inclusión de la dimensión identitaria, ha permitido que la investigación sobre la movilización social pase de ser definida de manera netamente empírica, a través del señalamiento de ciertas estrategias comunes que se presentan en la movilización, y que sean más abordados desde unas claves analíticas que involucran la construcción de significados dentro de los movimientos sociales, así como los posicionamientos sociales y políticos que estos tienen, variando y ampliando de esta forma las fronteras teóricas del estudio de las movilizaciones sociales.

Este cambio en la forma cómo se entiende el fenómeno de la movilización social hace necesario evidenciar los tránsitos epistemológicos y ontológicos que este campo ha experimentado, pero también comprender cómo el concepto de identidad también ha sido objeto de diferentes reflexiones, para así plantear los puntos en los cuales la identidad entra a ser parte de un núcleo de análisis mucho más grande y que actualmente adquiere mayor relevancia, teniendo en cuenta que los grandes referentes identitarios como la iglesia, la nación o la política se han difuminado en esta función y son cada vez más ostensibles otros de orden más simbólico y cultural (Tejerina, 2003). Llegados a este punto, es preciso señalar la mutabilidad de los conceptos de movilización social e identidad colectiva. Esto implica realizar un recorrido teórico por las formas cómo tanto la movilización y la identidad han sido abordadas y establecer así algunas articulaciones entre las mismas.

Con relación a la movilización social, las diferencias en su abordaje tienen una relación con los giros comprensivos que ha tenido el fenómeno; uno de ellos es el que permite ver el tránsito entre la concepción de lo irracional a lo racional, esto es, la manera como los movimientos sociales pasan a ser entendidos como agentes reflexivos, contrario a lo que se pensaba anteriormente frente a la actitud colectiva o a los comportamientos de masas como estadios regresivos o de pérdida de la razón; el otro giro será de la comprensión clásica de los movimientos sociales a la comprensión de los nuevos movimientos sociales, para dar cuenta del paso que se da de la movilización social como un fenómeno descrito exclusivamente de forma empírica y anclado en las luchas materiales y el movimiento obrero, a un fenómeno que debe ser abordado de manera analítica y que involucra aspectos simbólicos y culturales en sus luchas, lo que implica la inclusión de otras formas de identificación. Sin embargo, este segundo giro debe ser tomado con precaución, pues compartimos con Flórez (2015) la dificultad que este trae, en tanto esencializa una forma de ver la movilización social y no permite ver otros aspectos importantes que dan cuenta de la continuidad histórica de los movimientos.

Ahora, con respecto a la identidad, uno de los cambios en su abordaje apunta al tránsito de la identidad, concebida como un concepto psicológico, a ser considerada como un concepto psicosocial, lo que implica que no se entiende como un proceso interno y acabado, sino como una expresión del doble valor de la misma: singularidad y pertenencia (Iñiguez, 2001). Complementario a esto, la noción de identidad ha pasado de ser comprendida como esencia, a ser entendida como mediadora y constructora de lo social, es decir, la identidad deja de ser una sustancia, para ser una organizadora de la experiencia que es construida socialmente (Gonzales, Cavieres, Díaz, & Valdebenito, 2005).

De este modo, la relación entre la movilización social y la identidad, podría encontrarse en lo propuesto por Melucci (2010), quien afirma que los

movimientos “son sistemas de acción en el sentido de que sus estructuras son construidas por objetivos, creencias, decisiones e intercambios, todos ellos operando en un campo sistémico” (p. 38). Dicho de otra forma, los movimientos sociales bajo esta mirada son reconocidos en su carácter dinámico, lo que permite tener una mirada de los movimientos no sólo empírica, sino también analítica, pues su definición no se agota en la mera descripción o enumeración de prácticas, sino en los procesos que hacen que una movilización se conforme a través de una serie de sistemas interconectados, que permiten la circulación de elementos discursivos, culturales y simbólicos que deben ser objeto de negociación e intercambio.

Esta mirada de los movimientos sociales da cabida al concepto de identidad al aludir en la negociación la necesidad del acuerdo que reúna las voluntades de los individuos para que pueda existir una acción colectiva, este acuerdo es lo que daría cuenta de esta unidad que es la identidad colectiva, entendiendo esta última como una construcción, como el resultado inseparable del proceso de movilización y las interacciones que allí se dan, o en otras palabras, la emergencia de una situación donde el fenómeno no puede ser explicado como la simple suma de individuos, ni como el irreflexivo contagio de una fuerza o estructura superior a los individuos, que los exime de su individualidad. Es entonces que la identidad colectiva emerge como aquello que está, pero que no estaba antes ni en el individuo ni en la sociedad, es contingente a la situación, hecho que para Fernández Christlieb (2011) da cuenta de un fenómeno psicosocial.

Para continuar con el análisis, nos aproximaremos a detallar las transiciones que ha tenido el concepto de movilización social y el concepto de identidad y así finalmente entender el papel logístico de la movilización social.

Los Movimientos Sociales: de bestias a profetas

La movilización social y el comportamiento colectivo han sido foco de análisis dentro de la tradición de las ciencias sociales desde el siglo XIX hasta nuestro tiempo; algunas visiones sociológicas y psicosociales han conceptualizado este fenómeno, bien sea para definirlo y clasificarlo, o para explicar su conformación y lo que representan para el desarrollo social e individual. Sin embargo, estas formas de abordar el fenómeno no son homogéneas, teniendo en cuenta que no plantean un mismo posicionamiento frente a lo que implica movilizarse para un sujeto, un grupo o una sociedad en general y es por esta razón que en el campo de estudio de los movimientos sociales abundan perspectivas que hacen énfasis en el carácter irracional de los mismos, pero también otras que centran el estudio en los aspectos estructurales, materiales e institucionales y, desde perspectivas más contemporáneas, se llega a visiones culturales de la acción colectiva (Paredes, 2013). A continuación, repasaremos algunas de estas posiciones teóricas.

El comportamiento de las masas: la acción colectiva como regresión

Durante el siglo XIX los movimientos sociales y algunas de sus expresiones como la protesta popular, fueron entendidos de forma negativa por algunos teóricos, quienes pusieron el acento de sus reflexiones en los aspectos nocivos que según ellos traía consigo el comportamiento colectivo con relación al comportamiento individual.

Gustave Le Bon es uno de los representantes de esta forma de conceptualizar el comportamiento colectivo, en su obra psicología de las masas describe como un individuo que en un contexto aislado representa un ser socialmente adaptado, con una personalidad consciente y autorregulada, cuando se halla inmerso en una masa psicológica experimenta un proceso de sugestión que lo priva de su individualidad y lo hace parte de una mente colectiva. El individuo involucrado en el fenómeno de masas, se desprende de sus cualidades consientes, beneficiándose del anonimato que representa ser parte de la masa, para comportarse de forma radicalmente contraria a como lo haría en condiciones normales (Le Bon, 2004).

Para Le Bon es claro que el comportamiento individual representa un ejercicio racional que se ve anulado cuando el sujeto está inmerso en lo que él denomina una mente colectiva, respecto a esto dirá que un individuo "Aislado, es posible que sea un individuo cultivado; en una masa será un bárbaro – esto es: una criatura que actúa por instintos" (Le Bon, 2004, p. 17).

Sigmund Freud (1975), siguiendo esta perspectiva y basado en los postulados de LeBon, hace una descripción similar del comportamiento colectivo vista desde su propuesta psicoanalítica, afirmando que "La masa se nos muestra, pues, como una resurrección de la horda primitiva" (p. 54), una regresión a estados de pre-civilización.

Estas dos miradas develan un panorama valorativo de lo que son las acciones colectivas, generando en su interpretación y mirada el señalamiento de factores negativos, alejados de lo que podría entenderse como civilizado, racional y benéfico para una sociedad; una visión que cederá el paso a otras formas de conceptualización que, sin dejar de ver a los grupos y los fenómenos colectivos como expresiones negativas en una sociedad, darán un giro en la forma de comprensión.

Versiones Funcionalistas: la acción colectiva como síntoma de inconformidad y desajuste social

En las visiones funcionalistas basadas en los postulados sociológicos de Talcott Parsons, la movilización y la acción colectiva son presentadas como síntoma de la no integración total de los sistemas sociales. Esta visión desarrollada principalmente en Estados Unidos considera la acción colectiva como un

comportamiento desviado, que fisura el orden social, las organizaciones y las normas que estas establecen y que dan cuenta de la normalidad y estabilidad social (Flórez, 2015; Laraña, 1996).

Pero este panorama cambiaría en los años 60's y 80's, producto de las revoluciones contraculturales vividas en Estados Unidos, Europa, y las revoluciones Latinoamericanas, dando a la movilización colectiva un énfasis diferente que, si bien retoma a la acción colectiva como una expresión de inconformidad, al mismo tiempo se aleja de ella al reconocer el "potencial de los movimientos sociales para cuestionar los límites de la racionalidad decimonónica" (Flórez, 2009, p. 6) y hacerles frente.

Surgen así otras miradas que asumiendo la racionalidad y reflexividad de los movimientos sociales, centran su interés en reconocer las estrategias y los contextos de oportunidad política que hacen posible que la movilización se de en un momento determinado; la acción colectiva en este punto no es ya una fuente de comportamientos irracionales, ni rupturas de la homeostasis social, sino más bien un cuerpo dinámico, reflexivo y crítico que pone de manifiesto los límites del progreso, cuestiona los estilos de vida y propone otros alternativos (Langman, 2013).

Los nuevos movimientos sociales

Al referirnos a nuevos movimientos sociales, señalamos el cambio cualitativo entre movilizaciones que pasan de lo económico-material a lo Cultural-simbólico, o en palabras de Bouaventura de Sousa (2001), lo novedoso de los nuevos movimientos sociales "reside en que constituyen tanto una crítica de la regulación social capitalista, como una crítica de la emancipación social socialista como fue definida por el marxismo" (p. 178). Este cambio nos parece útil para reflejar cómo los movimientos sociales dejan de estar ligados de manera exclusiva a un grupo o a una idea de grupo social e históricamente consistente, y permiten abrir el campo comprensivo para concebirlos como movimientos que más allá de sus condiciones económicas, se movilizan, encuentran y construyen una identidad en concordancia a otros valores (Della Porta & Dani, 2015), que "no solo expresan conflictos políticos, sino también, y de manera fundamental, conflictos sociales" (Chihu & López, 2007, p. 131) de una época determinada.

Es precisamente en este giro comprensivo donde la identidad adquiere un papel relevante a la hora de entender la movilización social y se abona el terreno para la conceptualización del paradigma Identitario, que marca también un giro en el abordaje de los fenómenos colectivos, generando un cambio en la mirada que va más allá de la pregunta ¿Qué hace un movimiento social? y pasa a cuestionar ¿Cómo y para qué se da un movimiento social? (Flórez, 2015; Melucci, 2010; Touraine, 2006; Ramos, 1997).

El paradigma Identitario y la construcción social de los movimientos sociales

Las transformaciones que se han señalado permiten que la identidad colectiva sea tenida en cuenta para considerar a la movilización como un actor que se construye en el proceso mismo de la movilización y no un actor pre-establecido (Paredes, 2013). Autoras como Flórez (2015) dan cuenta de estas formas de abordar los movimientos sociales como procesos, centrándose en explicar las condiciones de proliferación de los mismos y resaltando la necesidad de “abrir espacios simbólicos donde inscribir las identidades distintas a las de clase: género, la sexualidad, la generación, la etnia, la religión, el vínculo al territorio, etc.” (p. 48).

Los movimientos empiezan entonces a concebirse como construcciones sociales (Chihu & López, 2007), ya que estos no son simplemente la expresión de una crisis, o de unas precondiciones de clase que determinan su existencia, sino que son el resultado de redes grupales e individuales que interactúan, crean y experimentan códigos culturales (Paredes, 2013), por medio del trámite de sus recursos y oportunidades. Para esto los movimientos sociales realizan una inversión cognitiva y afectiva que se agrupa en un sentimiento de solidaridad que garantiza la cohesión necesaria para que en un determinado momento la acción colectiva se dé, un sentimiento de solidaridad que es reconocido como un nosotros, como una Identidad Colectiva.

Con lo expuesto hasta este momento se puede observar como el fenómeno de la acción colectiva ha experimentado cambios comprensivos que permiten entender la movilización social por su carácter socialmente constructivo y por ser agentes posicionados política y culturalmente, capaces de señalar los límites de una época y de agenciar alternativas en la construcción de universos simbólicos.

La Identidad: Un concepto disperso

La noción de identidad, así como la de movimientos sociales, no es unitaria ni monolítica. Una evidencia de esto es el debate entre el ser en sí y el ser como devenir en la filosofía, el cual va desde la identidad como algo que es esencial, esto es que no cambia, que da cuenta de una particularidad del sujeto que lo diferencia de los demás, hasta la identidad como devenir, que tiene más relación con una visión existencial del concepto, una forma de ver las cosas que la da a entender como “el transcurso del ser” (Zuluaga, 2014, p. 20). Este debate constituye sólo un ejemplo del juego de dicotomías que parece acompañar a la identidad.

Considerando esto, es importante considerar que desde las ciencias sociales la identidad generalmente es conceptualizada a través de dicotomías tan variadas como el campo mismo de donde surge, que podríamos enlistar de la

siguiente forma: Individuo/Sociedad, Biología/Cultura, Consiente/Inconsciente, esencia/construcción.

Todo esto nos lleva a pensar que un análisis integral del concepto de identidad debe pasar inicialmente por un reconocimiento de las dicotomías y tradiciones que han empleado esta noción, aunque no se trata sólo de enunciar los puntos de distanciamiento, ya que situados en un lugar común, podríamos decir que independiente de las variaciones que pueda haber entre una forma u otra, todas estas tienen puntos de intersección, encuentros fortuitos o intencionados que erigen una plataforma de partida que para Iñiguez (2001) es "La singularidad, la unicidad, la exclusividad" (p. 210).

Partiendo de la idea jánica de la identidad como diferencia/similitud podemos afirmar de forma preliminar que el concepto tiene un valor empírico al sustentarse en la posibilidad de enmarcar o enlistar una serie de datos o factores que hacen que algo o alguien sea diferente o similar a otro, dicho de otra forma, la identidad es un concepto mediador para entender la referencia que hace un sujeto de sí mismo en relación a las demás personas o cosas que lo rodean, dándole una sensación de unidad, permanencia en el tiempo y como afirma Giménez (2011), establecer distinciones y reconocimientos con los otros, es decir, permite a los sujetos dar cuenta de los límites que lo separan de los otros, pero también de aquellos que lo acercan. Esto es lo que en nuestro lenguaje solemos describir o nombrar como el Yo y que perdura en el tiempo sustentando nuestra individualidad.

Pero, una mirada más de fondo sobre esta forma de entendimiento de la identidad deja la sensación de que la identidad es al tiempo un dispositivo de control, una forma de solidificar ciertas relaciones de poder al cerrar las fronteras de aquello que identifica, y permite construir a partir de allí una forma y un orden establecido de relaciones y jerarquías que sustentan un trasegar hegemónico (Apodoka & Villareal, 2015).

Hasta el momento podemos evidenciar dos maneras de abordar la identidad, una que tiene que ver con el Yo como una expresión de la individualidad y otra que hace referencia al Yo como una derivación de la interacción y los procesos sociales, por lo tanto, podríamos agrupar en dos grandes tradiciones la noción de identidad: las Versiones Psicológicas y las Versiones psicosociales, veamos un poco de que tratan cada una de estas:

Versiones psicológicas

Como factor común, las teorías de esta perspectiva entienden a la identidad como un concepto que recae sobre el individuo, estableciendo los límites de lo que se conoce como el Yo, basándose generalmente en las relaciones del desarrollo evolutivo que va desde lo biológico hasta el desarrollo de la personalidad (Zuluaga, 2014).

Se pueden citar cuatro grupos de teorías que hacen parte de esta versión psicológica: estas son las versiones biologicistas, internalistas, fenomenológicas y narrativas (Iñiguez, 2001); las dos primeras con un claro enfoque determinista, en tanto aducen la identidad a aspectos estructurantes en cada uno de los individuos: la biológica en aspectos corporales y hereditarios y la internalista en condiciones estructurantes al interior de la psique de los individuos; mientras que las otras dos posturas tienen en cuenta aspectos sociales o contextuales que entran en relación de manera diferenciada con la experiencia de los sujetos en la formación de la identidad.

Inicialmente, las propuestas biologicistas centran la atención en el cuerpo y en los procesos biológicos que permiten la constitución de la identidad, generalmente entendida esta como identidad corporal, pero que se expande también a la identidad sexual, siendo el proceso de crecimiento y cambio corporal (pubertad y adolescencia) el referente de los cambios estructurales marcados por la genética; la identidad es entendida como sustancia, como algo que no se cambia a voluntad y que es "estable y constante" (Zuluaga, 2014, p. 46).

Por otro lado, las visiones internalistas colocan en el interior de la persona las causas de su comportamiento y de su experiencia como sujetos; la identidad en este caso es vista como el resultado del continuo conflicto entre los elementos estructurantes del interior y los mecanismos de defensa, dicho de otra forma, la identidad es un producto inconsciente, donde la voluntad del sujeto queda reducida. Para ejemplificar esto podría citarse como ejemplo la posición que el psicoanálisis tiene del proceso de identificación, entendido como "la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona" (Freud, 1975, p. 99), cuyo proceso está estrechamente vinculado a la vivencia primitiva del complejo de Edipo.

Complementaria a esta visión internalista tenemos las posturas fenomenológicas, donde la identidad se entiende como el resultado de la conciencia de uno mismo, de la agencia y del afrontamiento de las limitaciones del contexto social. Esta última postura trasciende las dos anteriores al introducir las limitaciones contextuales como un factor en la formación de la identidad, sin embargo, aún es una postura psicológica que centra la atención en el ejercicio que hagan los sujetos en pro de la conciencia de sí mismos sobre las limitaciones sociales, visto de otra forma, dentro del grupo de posturas fenomenológicas la identidad es un darse cuenta, un descubrimiento del sí mismo en contraste con unas estructuras sociales que coaptan esta comprensión, de tal forma que la identificación más allá de ser una relación entre determinantes sociales e individuales, es un triunfo de lo último sobre lo primero respectivamente, un triunfo de la espontaneidad y la autenticidad sobre la normalidad, al respecto podríamos citar como ejemplo lo dicho por Maslow (2008) con relación a la búsqueda del Yo y la identidad: "la recuperación del Yo debe sine qua non, incluir la recuperación de la capacidad de tener y conocer

estas señales internas" (p. 56) que dan cuenta de lo que realmente somos y lo que realmente nos gusta.

Finalmente, dentro de este grupo de versiones psicológicas encontramos las narrativas; esta postura particularmente hace énfasis en la importancia del lenguaje en la constitución de la identidad, pues es por medio de este que podemos interpretar y narrar a los demás, lo que somos, generar imágenes de sí mismo y de los demás. Hace además énfasis en la importancia de las convenciones sociales valorativas, de forma que la identidad se va conformando de acuerdo con los valores o creencias que agregamos a la narración del Yo. Autores como Bruner (1990), posicionados en esta forma de entender la identidad, proponen como método investigativo para acceder a ella la autobiografía, apartándose de la idea esencialista de otras formas de ver la identidad y resaltando que "el yo cuando narra, no se limita a contar, sino que además justifica" (p. 119).

Tal y como se puede constatar en estos dos últimos grupos de versiones fenomenológicas y narrativas, la identidad no es sólo un producto de estructuras individuales, sino que es también el resultado, por un lado, de una toma de conciencia y por el otro, de un ejercicio de construcción que hacen los sujetos de aquellos valores o categorías sociales que nos sirven para definirnos a nosotros mismos y a los demás. Sin embargo, en la posición fenomenológica, este proceso lo hace el individuo para identificarse a sí mismo, mientras que, en la versión narrativa, al reconocer la importancia del lenguaje en la construcción de una auto-referencia, se resalta también el valor del lenguaje a la hora de ver al otro e identificarlo. El valor de estas teorías radica en la agencia que tiene el sujeto en el proceso de su identidad, pues ya no son un simple resultado del que no se tenga conciencia o participación; la identidad no es simplemente una estructura rígida de la cual el sujeto no tiene ningún control y pasa a ser un proceso por medio del cual el sujeto se posiciona teniendo además de sus referencias individuales, referencias sociales.

Versiones Psicosociales

De forma más que contraria, complementaria, se han propuesto desde la psicología social otras formas de entender la identidad que además de los postulados psicológicos, retoma de manera transdisciplinar algunos planteamientos que se han realizado desde la sociología (Giménez, 1996). Esta otra perspectiva está agrupada en lo que se ha denominado como versiones psicosociales y plantean una ruptura que en las anteriores versiones parecía más que obvia, esto es la diferenciación entre Individuo/Sociedad, Interno/Externo. Esta visión alternativa ofrece las bases sobre las cuales se entenderá el concepto de identidad colectiva con relativa independencia teórica.

En este sentido, cuando mencionamos la independencia teórica lo hacemos para indicar que la identidad, con sus apellidos social o colectiva, no es

entendida simplemente como la mera suma de identidades individuales categorizadas en grupo, sino que el concepto se extiende a un proceso de construcción que aislado de los contextos sociales en donde se produce, o que, abordado de manera cartesiana, tiende a carecer de sentido.

Siendo fieles a esta intención realizaremos un barrido por algunas de estas tradiciones, tomando como base, tal y como se hizo anteriormente, la propuesta de Iñiguez (2001) y finalmente poder hacer una precisión conceptual del término identidad colectiva, que nos permita continuar con la reflexión y llegar al objetivo propuesto.

La primera referencia, y obligada de por más, que se debe realizar es la propuesta Socio Cognitiva, específicamente, el trabajo grupos humanos y categorías sociales de Henri Tajfel (1984). En este texto se define la identidad social, entendida esta como una derivación de la pertenencia de un individuo a un grupo social, con un significado emocional y valorativo asociado a dicha pertenencia. Para llegar a esta derivación identitaria los sujetos llevan a cabo un proceso de categorización de la información que reciben del medio social, que unida a una valoración positiva genera mayor pertenencia al grupo identitario y que a través de una valoración positiva, acentúa los rasgos que lo diferencian de otros grupos de referencia.

En esta misma línea, Tajfel, Billig, Bundy & Flamment (1971), proponen tres procesos que permiten la Identificación Social: Categorización (Proceso psicológico de ordenamiento del mundo), Comparación (distinción endo-exo grupal) e Identificación (elementos afectivos, evaluativos y descriptivos de una determinada categoría social), por medio de este proceso se resalta la influencia que tiene el otro en cuanto perteneciente al endo grupo y el otro en tanto perteneciente al exo grupo; permite, de manera adicional, evaluar una serie de características que le dan al sujeto una idea de su posición social, que de ser positiva tenderá a reforzar la afiliación de los individuos a su grupo.

Pero, más allá de lo anterior, lo interesante del concepto de Tajfel es la introducción de la interacción social en la formación de la identidad, lo que resalta aspectos que van más allá del individuo, pues en su teoría "la conformación del propio autoconcepto es a partir de la construcción social" (Gonzales, Cavieres, Díaz, & Valdebenito, 2005, p. 11). De esta forma, a partir de la categorización y referencia de los sujetos con relación al propio grupo y los externos, surge de forma crucial la consideración de que la identidad no es sólo un sustrato biológico individual, o un límite exclusivo de la individualidad, sino más bien una derivación de la pertenencia a un grupo social y que es susceptible a cambios una vez se presente el caso que la valoración afectiva que hagan los sujetos de su pertenencia termine siendo negativa.

Otra de las perspectivas tiene como influencia directa el interaccionismo simbólico y rompe con la idea de una identidad pre-existente a las relaciones sociales. El acento de esta perspectiva está puesto en resaltar la condición emergente de la identidad, pues esta depende "estrictamente del contexto

interaccional y del significado que tenga para el individuo" (Iñiguez, 2001, p. 216), lo que indica que la identidad es el producto de las constantes interacciones y de los diferentes contextos de interacción que aportan elementos para que un sujeto construya una idea de sí mismo (Blumer, 1982).

Es así como, desde estas dos perspectivas se observa un cambio con relación a las posturas que señalábamos en las versiones psicológicas; la identidad deja de ser simplemente una esencia individual y se entiende como un "entre nos", un elemento emergente de las relaciones con los otros y los contextos sociales en donde estas relaciones se dan; esta idea es una de las columnas sobre las cuales haremos una conceptualización de la identidad colectiva que nos permite entenderla en relación a la movilización social.

Para continuar con la revisión, conviene mencionar otras dos formas de comprender la identidad que completan el cuadro de versiones psicosociales; estas son la representación del Yo y la gestión de impresiones y la constitución socio-histórica.

La representación del Yo y la gestión de impresiones se constituye a partir de los planteamientos de Goffman, quien afirma que la experiencia de la identidad y el sentido de sí mismo resulta también de la estructura social que lo envuelve (Goffman, 2006); desde esta perspectiva la actuación del Yo de los sujetos no es solamente un locus libremente elegido por él, sino que está determinado por el contexto en el que el sujeto se encuentra, poniendo de manifiesto el carácter múltiple y dinámico de la identidad, en tanto los diferentes contextos en los que se desenvuelve el sujeto aportan diferentes representaciones, pero además le creará obligaciones particulares que determinarán según la categoría específica su identificación (Goffman, 2001).

Finalmente, la constitución socio-histórica de la identidad considera que no sólo las interacciones in situ o los contextos en donde estas interacciones se den, son suficientes para entender la emergencia de la identidad y agrega al debate el papel que el contexto histórico, la cultura y los discursos que allí se dan tienen a la hora de comprender las formas como experimentamos el Yo. Bajo esta perspectiva la identidad está directamente ligada al contexto socio-histórico, que definirá aquello que denominamos como un Yo; el concepto mismo se relativiza y orienta el análisis para entender no los datos de la identidad, sino los acontecimientos, las formas de nombrarla y comunicarla, pues "los lenguajes del yo son, por cierto, muy maleables, y a medida que cambian también cambia la vida social" (Gergen, 2006, p. 36), en otras palabras, se plantea la idea de que toda identidad, aun haciendo referencia a la individualidad, es una identidad social, pues cada uno de los elementos que toma para constituirse como tal son culturales (Giménez, 2011), históricos y discursivos (Gergen, 2006).

Identidad Colectiva y Movilización Social: Solidaridad y Acción

Una vez abordadas las visiones que se tienen del concepto de movilización social y de identidad, es posible encontrar algunos puntos de intersección en el tránsito que ambos han tenido. El primero que habría que resaltar es el movimiento que da cuenta de la división Individuo/Sociedad a una visión en la que lo uno está en lo otro y más que dimensiones de lo humano que se contraponen o compiten entre sí, estas se complementan.

La otra intersección que se evidencia en el tratamiento de ambos conceptos es la consideración final que se hace de los dos como construcciones sociales; se puede ver que tanto los movimientos sociales como la identidad dejan de ser entendidos como conceptos que dan cuenta de una esencia, como datos estables y pasan a concebirse como el proceso y producto de una serie de relaciones, interacciones y discursos determinados y determinantes en un contexto socio-histórico que los hace posible (Maldonado & Hernández, 2010).

Por tanto, es a partir de estos tránsitos que se hace posible hablar de una identidad colectiva como la construcción de un nosotros en un contexto físico y simbólico de interacción, en el que emerge la sensación de unidad y continuidad necesaria para dotar de agencia y reconocimiento las acciones colectivas de un determinado grupo, además de hacer "más aceptables los costes y los riesgos" a nivel grupal e individual (Della Porta & Dani, 2015, p. 139).

Pero al decir esto se debe realizar la precisión de que si la identidad colectiva es el proceso y producto de un proceso dinámico de interacción, que se construye entre un grupo determinado de sujetos y en un contexto determinado, hoy dichas identidades no son necesariamente la expresión de una unidad coherente y estable a lo largo del tiempo (Dani, 2015), sino que es susceptible de experimentar cambios y contradicciones que se activan o se hacen invisibles según el contexto particular por el cuál esté pasando el proceso mismo de movilización.

En resumen, es posible hablar de la identidad colectiva porque el concepto se expande de ser una esencia a una construcción social, de un elemento individual a un elemento que se construye en sociedad; de igual forma, el concepto de la identidad colectiva como proceso de construcción, se encuentra con el de movilización social para dar cuenta de los procesos que se llevan en el contexto de interacción, teniendo en cuenta que los movimientos llegan a ser concebidos como agentes sociales y que su existencia no está limitada a una condición de clase históricamente estable y constante, por lo que preguntarse sobre movilización e identidad es una pregunta posicionada en un terreno político, en tanto este proceso pone de manifiesto unos escenarios de relacionamiento de poder que dan cuenta de las tensiones sociales que se presentan en una sociedad determinada.

La Movilización Social como logística de la Identidad Colectiva

A través de esta breve revisión hemos llegado a concluir que tanto la identidad colectiva como la movilización social son dos conceptos que se vinculan y que permiten ver el dinamismo y lo socialmente construido, pero además de esto hemos visto que al hablar de movilización social no sólo nos referimos de forma exclusiva a un grupo de personas que se reúne en torno a una protesta o a una denuncia, sino que dentro de la movilización social se ponen en juego el encuentro entre "historias, necesidades personales y representaciones heterogéneas" (Della Porta & Dani, 2015, p. 136), que son sujetas a procesos de negociación y discusión por parte de quienes componen la acción colectiva.

Es aquí donde se debe pasar de un acercamiento empírico a un acercamiento analítico, que permita ver como dentro de la cotidianidad se ponen en práctica acciones con diferentes niveles de visibilidad y de incidencia, que al mismo tiempo construyen el escenario interno del movimiento y el universo externo, y construyen una serie de puentes o redes que conectan esas dos dimensiones en distintas configuraciones, permitiendo que sean asumidas por parte del movimiento unas maneras de actuar en detrimento de otras, o que se deje espacio para la creatividad en las formas como los movimientos expresan sus luchas, marcando nuevos horizontes de posibilidad.

Es por eso que la movilización social no debe entenderse exclusivamente como un "objeto autónomo" (Della Porta & Dani, 2015), sino también como una acción, una práctica que permite reunir en un solo lugar y en un solo espacio la diversidad simbólica y cultural que lo constituye. Frente a esto plantea Melucci "los movimientos sociales son sistemas de acción en el sentido de que sus estructuras son construidas por objetivos, creencias, decisiones e intercambios, todos ellos operando en un campo sistémico" (2010, p. 38). Por tal razón un movimiento social debe ser entendido y abordado en gran parte desde sus prácticas, sus acciones, desde aquello que hace para movilizar sus denuncias y sus demandas, pero además de esto, desde las acciones que utiliza para dar cuenta de su unidad y sostener unas estructuras internas que permiten conseguir cierta homogeneidad en un campo social (Melucci, 2010).

De esta forma, la pregunta sobre los movimientos sociales debe remitir a las acciones colectivas que los movimientos ponen en práctica, pero estas prácticas también centran la mirada sobre el movimiento social como agente, que está configurado en torno a la construcción de una identidad colectiva que dota de sentido su acción, ya que en la sensación de un "nosotros" se contienen un conjunto de expectativas y valores comunes dentro del movimiento, que favorecen la ejecución de las acciones colectivas, es decir, la identidad permite la agrupación y organización de significados (Gonzales, Cavieres, Díaz, & Valdebenito, 2005) en el movimiento, es un "nosotros" que es producto de la acción, pero que también prescribe las acciones del movimiento y da cuenta de la identidad como construcción, un doble juego en el cuál no se trazan límites

del todo legible, en donde los significados se vuelven acciones y las acciones se vuelven significados.

Para complementar esta reflexión, tomaremos en cuenta las tres claves conceptuales que ofrece Melucci (2010), relacionadas con la construcción de una identidad colectiva; estas son: 1) la formulación de estructuras cognoscitivas relativas a los fines, los medios y ámbitos de la acción; 2) una activación de las relaciones entre los actores, quienes interactúan, se comunican, negocian y adoptan decisiones y 3) una inversión emocional que permite a los individuos reconocerse en una misma continuidad y unidad.

Cada uno de estos elementos es indispensable para que exista cualquier sistema de acción colectiva pues “la existencia de una identidad colectiva que une unas organizaciones con otras hace posible que estas se sientan parte del mismo esfuerzo colectivo” (Dani, 2015, p. 11), permitiendo establecer un sistema de acción orientado y cohesionado en un mismo fin y en una misma idea de unidad y solidaridad.

Con respecto a la estructura cognitiva ya señalada, se entiende que esto es resultado del proceso de encuentro y negociación de cada uno de los integrantes que compone un movimiento social, sin embargo, muchos de los fines y de los medios que un movimiento expresa en un momento determinado no está ligado de manera exclusiva al presente de la acción colectiva, sino que es producto de una historia, de las experiencias personales que los diferentes sujetos expresan en diferentes momentos de su vida e inclusive en otras experiencias de movilización, dicho de otra forma, previo a la movilización como un acontecimiento presente, los integrantes de esta ya han experimentado en diferentes momentos de su vida angustias, sensaciones o luchas que son traídas al nuevo contexto de movilización, pero es en este nuevo contexto donde cada uno de estos elementos diversos encuentran puntos de anclaje, puntos de unión que hacen que lo que antes era disperso o era entendido como una sensación particular, sea ya una sensación colectiva que permite despertar la solidaridad de los integrantes de un movimiento y en esa medida construir la sensación de “nosotros”, que dota de continuidad y estabilidad al movimiento social en un momento determinado.

De lo anterior se concluye que la movilización social, entendida como construcción y sistema de acción, es asumida como logística de la identidad colectiva, en tanto permite la emergencia de un espacio de interacción donde es posible el encuentro de los diferentes discursos, significados y sensaciones que se ponen en juego y que permiten la construcción de esta estructura cognoscitiva, de un guión, o si se prefiere, una ideología (Touraine, 2006), que permite hacer lecturas del mundo, construir diagnósticos de la realidad social y posicionarse como actores sociales dentro de esta realidad para tensionar y gestionar los cambios por medios de la acción.

De igual manera, es preciso señalar que esta estructura cognoscitiva no surge de manera espontánea en el movimiento, sino que es posible también

por las experiencias previas de los integrantes y por lo que ocurre en el encuentro de discursos, lo cual permite la emergencia de una forma nueva de sentir y de pensar la acción y es allí donde la movilización social, como sistema de acción, tiene un papel importante como mediador y red comunicativa de esa diversidad, en su mayoría contradictoria, de elementos ideológicos y discursivos que obtienen un marco que les brinda la oportunidad de encuentro, coexistencia y actualización.

Por otro lado, la movilización social no sólo favorece la mediación de los elementos discursivos y simbólicos, permite además materializar el encuentro físico de los participantes y abre la posibilidad del mismo, pero al tiempo empieza por establecer los mecanismos adecuados para el acercamiento y reconocimiento de cada uno de los participantes, es decir, enmarca un espacio que es físico, pues permite el estar presentes y el reconocimiento directo de los participantes de una acción colectiva, facilita la interacción entre ellos y además hace posible el establecimiento y construcción de las dinámicas internas de relacionamiento a medida que se van presentando diferentes situaciones que deben ser reguladas, lo que para Melucci (2010) está relacionado con la activación de las relaciones.

Estas situaciones marcan una forma de proceder, establecen unos reglamentos tanto tácitos como explícitos que se institucionalizan. Así, por medio de la movilización se construyen formas particulares de acercamiento, reglas, se establecen espacios de encuentro y reflexión y también se definen mecanismos de comunicación, se encuentran las particularidades de cada uno de los sujetos y los aspectos que son compartidos, comunes a los participantes y los procesos de negociación inherentes a la diversidad de los participantes del movimiento, pero entre otras cosas se institucionalizan lugares de reunión, conmemoración o lugares de circulación que se agregan a esta forma de vivenciar la identidad colectiva.

Llegados a este punto, consideramos que la movilización como logística de la identidad, genera la posibilidad para el encuentro, el reconocimiento, el intercambio y la construcción de elementos identitarios, al permitir las interacciones entre los diversos sujetos participantes, pero también con la comunidad en general y con la institucionalidad, es decir que este proceso no sólo tiene una influencia en el interior del movimiento (reconocimiento y acuerdos entre los participantes), sino que hacia el exterior estas prácticas permiten la demarcación entre la personas que constituyen el movimiento el "nosotros" y los "otros" a quienes van dirigidas sus acciones.

La idea anterior está relacionada con los planteamientos de la teoría de los marcos interpretativos (TMI). En esta se plantea que "los movimientos se construyen como protagonistas de la acción, pero también construyen a sus antagonistas y a la audiencia a la que se dirigen" (Flórez, 2015, p. 51). Es decir, que a la vez que el movimiento se construye como un protagonista, un sujeto social provisto de identidad, de continuidad y unidad, también se hace una

construcción del otro de acuerdo con la construcción identitaria que el movimiento ha realizado de sí mismo. En este sentido, se distinguen en el escenario social al menos dos personajes más, uno antagonista y la audiencia que son las organizaciones sociales, la ciudadanía en general, o individuos que son al tiempo potencial de movilización, es decir un "sector de la población que, a causa de su situación, mantiene actitudes favorables hacia cierto movimiento o ciertos temas" (Melucci, 2010, p. 62).

En relación a la movilización social como logística de la identidad se han mencionado, hasta este punto, dos procesos importantes, el primero sería el intercambio simbólico y discursivo posibilitado por el encuentro de diferentes angustias, historias y expectativas de los miembros del movimiento; el segundo el encuentro físico y material en el cuál se ponen en juego unas prácticas, unas formas de actuar, de encontrarse cuerpo a cuerpo, un espacio de visibilización entre los integrantes del movimiento que, por demás, establecen unas regulaciones a estas prácticas. Esto nos permite pensar que tanto lo simbólico y lo físico se encuentran fuertemente cohesionadas y mutuamente determinados en función de la identidad colectiva.

Esta cohesión en torno a la identidad se expresa en las articulaciones que el encuentro posibilita; de manera más extensa, la movilización como logística de la identidad permite que todo aquello que estaba antes identificado como individual y que precede a la movilización, sea puesto en unos límites de posibilidad, que cada uno de estos significados puestos en interacción por los integrantes en la movilización social se distribuyan de maneras particulares, atravesando tanto las prácticas, la elección de las mismas y erigiendo una unidad y estabilidad a los integrantes del movimiento, quienes a partir de esto se posicionan de una manera particular en el escenario social.

Este proceso implica que la movilización social no entre sólo a hacer parte de este escenario, sino que hace parte de la construcción del mismo, delimitando espacios que son internos, construyendo límites para el movimiento y también espacios que son externos, de límites para afuera, donde se posicionan tanto los otros de la movilización, a quienes se dirigen las denuncias, pero también aquellos que en el futuro pueden hacer parte de las prácticas colectivas.

Estas razones permiten interpretar que en la movilización como logística de la identidad colectiva, la sensación de un nosotros, o la construcción de éste, no sea la expresión de unas características naturales, o la simple agregación de individuos con rasgos y características estables, por el contrario es una construcción producto de un escenario de interacción particular, en este caso el contexto propuesto es el de la movilización social que permite la construcción de un espacio en el que unos elementos culturales, subjetivos e históricos son articulados por medio de los posicionamientos y prácticas que se ponen en juego en la cotidianidad del movimiento, en sus procesos de regulación, permitiendo un marco cognoscitivo-simbólico que agrupa y favorece lecturas

diversas de los constitutivos históricos de quienes hacen parte del movimiento, en otras palabras, permite que aquello que ya era parte del discurso de los integrantes de la movilización, de su historia particular, se articule en otras formas de comprensión y se ponga en otras formas de acción, el “nosotros” así descrito, no es una construcción o una forma de identificación nueva, sino que es posible porque en los procesos de movilización los significados son agrupados e interpretados en una unidad articulada en un espacio simbólico y material. Unidad y “Nosotros” son entonces sinónimos de identidad colectiva que expresan la posibilidad de articular elementos subjetivos en una idea común.

Finalmente, todo aquello que es puesto en esta identidad colectiva permite al movimiento y a sus integrantes llevar a cabo unas prácticas públicas, con un mensaje dirigido a la denuncia, pero también a la atracción, y a la activación de ese potencial de movilización que no hace parte del movimiento, estas acciones que podríamos catalogar como públicas u orientadas al exterior por su grado de visibilidad, no son sólo una materialización de los significados de la identidad, sino que también entran a constituir la al posicionar unos “otros” objetos de la movilización.

A modo de cierre

Tanto el concepto de movilización social, como la identidad han sido abordados desde diferentes corrientes que nos llevan a reconocerlos en su carácter socialmente construido y en su dinamismo, esto representa para las ciencias sociales y en este caso para la psicología social, hacerse preguntas que van más allá de buscar o describir sustancias, permitiendo entender los procesos a través de los cuales un fenómeno social se construye, para el caso de este trabajo, entender cómo la movilización social, entendida como un sistema de acción colectiva, genera las condiciones para que se construya la identidad colectiva.

Así hemos llegado a entender la movilización social como logística de la identidad colectiva, entendiendo en el concepto de logística una metáfora del proceso de organizar, tender redes, establecer límites, inventariar recursos y establecer metas, pero sobre todo la capacidad para poner todos estos elementos en favor del encuentro de la diversidad de los diferentes participantes, la historicidad de cada uno y las creencias y expectativas de estos y facilitar la construcción de un espacio simbólico y físico donde estos se encuentran y se organizan de una forma particular, generando una sensación de unidad y continuidad que favorece la aparición de una identidad colectiva que se pone en juego en el contexto de interacción de la movilización, pero que es susceptible de ser replicada en espacios de la vida cotidiana de los participantes.

Esto tiene mayor relevancia actualmente cuando la comprensión de los movimientos sociales se expande más allá de la consideración de clases, es

decir, cuando se reconoce que en la movilización social asisten en el presente actores diversos, con filiaciones diferentes y con influencias culturales diversas, que van más allá de los contextos cercanos gracias al auge de la información, pero que es precisamente allí, dentro de la movilización que todas estas diversidades se gestionan y permiten la construcción de identidades colectivas que van más allá de las estructuras tradicionales de identificación (Bokser & Salas, 1999).

Así, a manera de conclusión podemos enunciar que la movilización social como logística de la identidad colectiva establece un escenario (físico y simbólico) de encuentro y reconocimiento de los diferentes actores sociales involucrados en la movilización, un escenario diferenciado de otros en tanto la movilización social como sistema de acción colectiva expresa la presencia de un conflicto y tensión social. De igual manera, en la movilización social se ponen en juego diferentes discursos y a partir de la acción de sus integrantes, estos son gestionados en sus diferencias y semejanzas, articulando elementos en una idea de unidad, pero también expandiendo las diferencias con relación a otros actores.

Adicional a esta idea de unidad, el contexto de movilización social favorece la construcción de un conocimiento riguroso, que permite la lectura de la situación social, así como la articulación de un nosotros en una posición de sentido y conocimiento compartido por cada uno de los participantes, pero al tiempo dicha estructura cognitiva es parte del proceso de construcción de la realidad territorial, política y social, delimitando lo interno y lo externo del movimiento, las prácticas en cada una de estas dimensiones, las formas de actuar y al mismo tiempo, estableciendo quiénes habitan cada uno de estos espacios, generando las redes y los puentes para que estas identidades colectivas trasciendan la cotidianidad exclusiva del movimiento y pasen a ser parte del día a día de los individuos, teniendo en cuenta que la movilización social tiende los puentes para la construcción de un "nosotros" que a su vez configura una transformación en la cotidianidad de los integrantes del mismo.

REFERENCIAS

- Apodoka, E., & Villareal, M. (2015). Psicología Social e Identidad Colectiva: Demonización o Salvaguarda Crítica. *Papeles CEIC(2)*, 1-28.
- Blumer, H. (1982). *El Interaccionismo Simbólico: Perspectiva y Metodo*. Barcelona: Hora.
- Bokser, J., & Salas, A. (1999). Globalización, Identidades Colectivas y Ciudadanía. *Política y Cultura*, 25-52.

- Bruner, J. (1990). *Actos de Significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chihu, A., & López, A. (2007). La construcción de la identidad colectiva en Alberto Melucci. *Polis: Investigación y análisis sociopolítico y psicosocial*, 3(1), 125-159.
- Dani, M. (2015). Revisando el concepto de movimiento social. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*(9), 1-16.
- De Sousa, B. (2001). Los nuevos movimientos sociales. *Observatorio social de América Latina*, 177-188.
- Della Porta, D., & Dani, M. (2015). *Los Movimientos Sociales* (Segunda ed.). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas: Universidad Comptense de Madrid.
- Fernández, P. (2011). Lo Psicosocial. En A. Ovejero, & J. Ramos, *Psicología Social Crítica* (págs. 46-55). 2011: Biblioteca Nueva.
- Flórez, J. (2009). Los movimientos sociales y la crisis del desarrollismo. Una aproximación teórica desde Latinoamérica. Recuperado el 16 de Noviembre de 2016, de www.clacso.org.ar: http://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/pais_autor_libro_detalle.php?campo=autor&texto=110&id_libro=617&pais=10
- Flórez, J. (2015). *Lecturas Emergentes*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Freud, S. (1975). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Buenos Aires: Amorrourto.
- Garrido, A., & Álvaro, J. L. (2007). *Psicología Social. Perspectivas Psicológicas y Sociológicas*. (Segunda ed.). Madrid: McGraw-Hill.
- Gergen, K. (2006). *El Yo saturado: Dilemas de Identidad en el Mundo Contemporaneo*. Barcelona: Paidós.
- Giménez, G. (1996). La identidad social o el retorno del sujeto en sociología. *Identidad III Coloquio Paul Kirchhoff UNAM*, 183-204.
- Giménez, G. (2011). Cultura, identidad y procesos de individualización. En G. Giménez, *Teorías y métodos para su análisis* (págs. 15-28). México: UNAM.
- Goffman, E. (2001). *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gonzales, S., Cavieres, H., Díaz, C., & Valdebenito, M. (2005). Revisión del constructo de identidad en la psicología cultural. (U. d. Chile, Ed.) *Revista de psicología*, XIV(002), 9-25.
- Ibañez, T. (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai.
- Iñiguez, L. (2001). *Identidad: De lo personal a lo Social. Un recorrido Conceptual*. En E. Crespo, & C. Soldevilla, *La constitución social de la subjetividad* (págs. 209-226). Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Langman, L. (2013). Occupy: A new new Social Movement. *Current Sociology*, 61(4), 510-524.
- Laraña, E. (1996). La actualidad de los clásicos y las teorías del comportamiento colectivo. *Reis*, 15-43.
- Le Bon, G. (2004). *Psicología de las Masas*. Buenos Aires. Obtenido de <https://seryactuar.files.wordpress.com/2012/12/psicologc3ada-de-las-masas-gustave-le-bon-1895-pdf.pdf>
- Maldonado, A., & Hernández, A. (2010). El proceso de construcción de la identidad colectiva. *Convergencia*, 229-251.
- Maslow, A. (2008). *La Personalidad Creadora* (Novena ed.). Barcelona: Kairós.
- Melucci, A. (2010). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- Paredes, J. P. (2013). *Movilizarse Tiene sentido: Análisis en el estudio de movilizaciones sociales*. *Psicoperspectivas*, 16-23.
- Ramos, M. (1997). La dimensión política de los movimientos sociales: Algunos problemas conceptuales. *Reis*, 247-263.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos Humanos y Categorías Sociales*. Barcelona: Herder.
- Tajfel, H., Billig, M., Bundy, R. P., & Flament, C. (1971). Social categorization and intergroup behaviour. *European journal of social psychology*, 149-178.
- Tejerina, B. (2003). Multiculturalismo, movilización social y procesos de construcción de la identidad en el contexto de la globalización. *Oficinas do CES*, 1-39.

Tilly, C. (1998). Conflicto político y cambio social. En P. Ibarra, & B. Tejerina, Los movimientos sociales: Transformaciones políticas y cambio cultural (págs. 25-41). Madrid: Trotta.

Touraine, A. (2006). Los movimientos sociales. Revista Colombiana de Sociología(27), 255-278.

Zuluaga, M. (2014). Identidad y devenir. Bogotá: San Pablo.



“La movilización social como logística de la identidad colectiva” por Jorge Andrés Jiménez Rodas, Luz Andrea Suárez Álvarez y Juan Carlos Arboleda-Ariza es un texto registrado bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-No Comercial 4.0 Internacional License.